

Reservemos el derecho de admisión

Hay gente que no debería ir al fútbol. Posiblemente son los mismos que en voz alta chismorrean durante la proyección de una película, o piropean a las muchachas cuando rondan por la calle. Nos referimos a los típicos guasones que tienen tanto de chulos como de mal educados. Inofensivos casi siempre uno por uno, deben buscar su, digamos fuerza, en el apretón que se dan en camarilla.

La cultura y educación de los pueblos se demuestra en el comportamiento que observan en público sus componentes. Así es posible que, pese a los cuidados y desvelos que puedan merecernos las instituciones, el simple transeunte se lleve de nosotros mal recuerdo porque tuvimos la desgracia de que diera en su visita con esa minoría — a veces indígena y otras importada — que vive en flagrante transgresión con todas las dignidades que comporta la educación en su más alto grado y concepto de la honradez y la decencia.

Entendemos que debería existir sobre esos desgraciados una especial vigilancia y que el mejor castigo para esa clase de delincuencia sería negarle la entrada a todos los lugares de público esparcimiento hasta tanto no volvieran a comportarse según las reglas del buen vivir. La reserva del derecho de admisión es algo más que un cartelito, muchas veces ridículo, por contradictorio e inoperante. Es un derecho del que se vale la honradez para combatir esa afrenta que entre personas dignas supone la presencia de cualquier indecible.

SAN FELIU
DE GUIXOLS
10 NOVIEM. 1955

Ómnibus

CARNET DE ARTE

¡Bienal sí, Bienal no!

por L. d'Andraitx

Me obsesiona, y no quisiera, mi deseo de hablar de la III Bienal de Arte Hispano-Americano. No me gusta hablar de lo que profesionalmente no entiendo, ni me gusta sentar baza en una partida de confusionismos, pero, por otra parte, me gana el deseo de que mi pluma exponga sobre la mesa revuelta de todos los comentarios, su limpia opinión, libre de cualquier perjuicio y de pre-concebidas preferencias.

El tema ha sido traído y llevado en toda la prensa, en los coloquios periodísticos, en los «trascachos» y en toda suerte de reuniones más o menos familiares. Está casi agotado. ¡Bienal sí, Bienal no! Gana el descontento. Desde luego la Bienal no tiene la culpa, si a nadie ha excluido, de representar signo y símbolo de la actualidad pictórica y escultórica de los países expositores, signo y símbolo desalentadores. Esto esculpimos, esto pintamos. Y la frase se trueca en un gigantesco y colectivo «mea culpa».

La Bienal nos ofrece sólo una magnífica ventana, para asomarnos al coto cerrado de los talleres del pincel o del buril.

Visité el Palacio del Parque de la Ciudadela el día 29 de octubre. Los más diversos comentarios, leídos y oídos; los buenos y los malos. Las agudezas de del Arco, los serenos apuntes de A. del Castillo, la sesuda introducción a la pintura de Tapiés de Cirlot, y los múltiples lamentos de las vestiduras rasgadas de inocentes y quisquillosos visitantes del Palacio de Arte Moderno. Demasiados ecos, probables influencias. Para alejarme de ellos y de ellas, quise recorrer la exposición como al descuido, paseo por un jardín de plantas varias, como el deambular por una calle muy concurrida, con la certeza de que la forma grácil de una flor, un perfume intenso o el paso de una mujer elegante o bella, o de un puro monstruo, me haría volver automáticamente la cabeza, y convertiría mi simple ver en mirar consciente.

¿Para qué hablar de lo malo, de lo malo que tanto abunda?

Y lo bueno, para mí, fué: la armonía de Clará, el sueño en mármol de Ros, las esculturas mejicanas de Cañas. ¡Hermosas madres

con los paquetitos de sus hijos...! ¡Dulce expresión de sus facciones aztecas! ¡Cuánto amor en la piedra!

Buenos los rostros de los niños de «La familia» de Togóres, aunque el cuadro en sí no sea precisamente un logro. Delicioso el grisosa de su otro lienzo de una madre joven. Y la mujer de color naranja, como un cuadro de azahar maduro de un autor del que olvidé el nombre. El arrebatado de color del uruguayo José Cúneo, y su luna gorda sobre el rancho. Un paisaje, sinfonía en verde de Benjamín Palencia, y los tonos oscuros y acariciantes del expositor de la primera sala del primer piso.

De lo demás apenas me dí cuenta. Seguro que, a mi rápida visita, algo digno de mencionar se habrá perdido; quizá un lindo miopsitis, ahogado entre matorrales. Y a esa flor pido perdón.

Poco, muy poco se salva de la quema general; montón de retales, tras el mostrador de colorines de una tienda de lana y seda, después de un fin de jornada. Decoración dudosa. Y para los que preconizan o alentan la continuidad de tales escuelas, quiero recordarles un bello cuento de Andersen: «El traje invisible». Ni invisible, ni traje; nada.

Carretillo Semanal

NUESTRO TREN

*Pobrecito, ya no puede
con su carga por la vía.
Para hacer la travesía
de ésta a la capital
tienen que darle inyecciones,
y, a veces, hasta empujones.
Es incurable su mal;
traspasó ya los cincuenta,
trabajó más de la cuenta
y se acaba su historial.*

MORALEJA

*No es extraño en la vejez
tener reuma y dar traspies.*

